

I La familia, núcleo de la sociedad



*“La experiencia nos enseña que amar no significa en absoluto mirarnos el uno al otro,
sino mirar juntos en la misma dirección.
No existen compañeros si no se hallan unidos en idéntica tarea,
si no se encaminan juntos hacia la misma cumbre.”*

Antoine de Saint-Exupéry

SEGMENTO

por Francisco ALMAGRO DOMÍNGUEZ



DOS RELATOS. UN MAGISTERIO

Hace poco más de dos años leí el siguiente relato en un *Programa de Reflexión Diaria basado en los Ejercicios Espirituales de San Ignacio*¹. La reproduzco solo con

pequeñas adecuaciones:

Bill Havens era uno de los cuatro miembros de la tripulación del equipo norteamericano de canoa que iba a competir en las Olimpiadas de 1924. Un tiempo antes de partir a la cita, Bill acompañó a su esposa al médico para un reconocimiento periódico de su primer embarazo. El médico entonces le aseguró a Bill que ella pariría justamente cuando él se encontrara compitiendo. El, luego de pensarlo bien, y sin muchas consultas, pidió ser sustituido del equipo de canoa; creía que su lugar estaba junto a ella para ver nacer su hijo. El equipo norteamericano de canoa ganó la medalla de oro en las Olimpiadas, y la esposa de Bill demoró en dar a luz. Bill hubiera podido competir y regresar a casa con la medalla para estar en el parto de su esposa.

Pasaron los años y en julio de 1952 Bill recibió un telegrama desde Helsinki, donde se estaban celebrando las Olimpiadas de ese año. El cable decía más o menos: "Papá, estoy trayendo a casa la medalla de oro que tu perdiste al quedarte y esperar que yo naciera. Tu hijo, Frank".

Esta historia, sin duda conmovedora, podría pasar como algo fantástico; una *bonita* anécdota, sepultada en el pasado bajo la montaña de urgencias y relativismos que mueven a la mayor parte de la Humanidad a inicios del siglo XXI. Lo más probable hoy, y en casi cualquier lugar, es que en el mejor de los casos Bill Havens hubiera sido tildado de loco; en el peor, traidor al equipo, un hombre *flojo*, sin carácter, no digno de confianza. Casi nadie entendería hoy a Bill. Y todo por una sencilla razón: la familia ha dejado de ser algo muy importante para el hombre; ha dejado de ser, como lo era hace solo medio siglo, lo más importante para la persona humana. A la familia se le ha ido colocando en último lugar, y solo tiene ya un interés puramente utilitario, cuando

no estorba, por supuesto. Los hijos y los padres de hoy pueden llegar a entorpecerse unos a otros; padres e hijos pueden verse como cargas pesadas mutuamente excluyentes.

Ahora pido que nos situemos en la Habana actual, y en una pareja de profesionales que acudieron a la consulta hace más de un mes. El motivo: él mantiene una relación extramatrimonial. Tienen dos hijos pequeños. Sin embargo, quieren arreglar las cosas. Perdón, ella quiere mejorar la relación. El todavía no sabe. Quiere a su esposa y a sus hijos pero *la otra* le resulta atractiva, refrescante, dice. Quién habla es una persona confundida y que sufre su indecisión: valora el tesoro que ha forjado -su familia- pero es como si no pudiera escapar a ciertos condicionamientos sociales -una *querida* no es una ofensa sino lo contrario, honra- e impulsos íntimos -el *placer* por encima de la razón.

**LA LIBERALIDAD SE CONFUNDE
CON LA LIBERTAD.
LA AMPUTACIÓN-DIVORCIO,
MEDIDA HEROICA
PARA SALVAR LA VIDA,
ES HOY UN PROCEDER HABITUAL
EN ESOS QUIRÓFANOS LEGALES
DE URGENCIA QUE SON
NUESTROS BUFETES COLECTIVOS.
NO ES CIERTO QUE EL DIVORCIO
DE UNA PAREJA -Y MÁS SI TIENE
HIJOS- ES ALGO NORMAL,
CAMINO ALTERNATIVO
DE LA FAMILIA.
NO ES NORMAL LO QUE SUPRIME
LA NATURAL ESTRUCTURA
CONSANGUÍNEA
DE LA CUAL DEPENDEN
MUCHOS MÁS.**

Le pregunto: ¿por qué no volver a casa si aún sientes algo por tu esposa? El muchacho me mira y responde: ¿usted está viendo la novela cubana?. La veo, poco digo. Es un tiempo que aprovecho para leer. Añado sonriente: pero mi esposa y mis hijos dicen que todo el mundo engaña a todo el mundo, aunque, al fin y al cabo es una novela. No, doctor, me corta el muchacho muy serio, así es como se está viviendo en Cuba.

Una declaración semejante puede ser fruto del sufrimiento propio. Pero no es a la primera persona que le oigo tal razonamiento; ni la primera pareja o familia que, prisioneros de conceptos que son contravalores familiares, aceptan como *normales* -con la amarga sospecha de que no es por ahí por dónde deben ir las cosas- el adulterio, el divorcio, el aborto, la unión de hecho, el asilo para los ancianos o las becas obligatorias, las lejanías de los padres por trabajo o estudio, la ruptura familiar por motivos políticos, religiosos y filosóficos.

Entonces, la pregunta de rigor es: ¿existe otra propuesta sobre el tema pareja y familia? Sí, si existe. Es muy cercana, muy *aterrizada*, diríamos en lenguaje coloquial. Está presente en el magisterio de la Iglesia Católica en general, y en la enseñanza del Cardenal Jaime Ortega Alamino, Arzobispo de la Habana, en particular. Ahora, con la publicación del libro *Te basta mi Gracia*, del Cardenal Ortega (Editorial Palabra, Madrid, 2002) estamos en posibilidad de revisar casi todas las entrevistas, homilías, cartas pastorales, editoriales y mensajes que el Obispo ha hecho en casi veinte años de ministerio episcopal. Una buena parte de su magisterio está dedicado, precisamente, a las familias cubanas actuales.

De ese modo, a la máxima *Familia, núcleo de la Sociedad*, vamos a responder no sólo en el plano metafórico, simbólico, sino también en el pastoral, y a través de una voz autorizada como la del Obispo de la Habana, Jaime Ortega, cuya sensibilidad ante estos asuntos se nos hace entrañablemente próxima y de una poética sorprendente.



LO PRIMERO, EL MATRIMONIO

Si la Familia es la célula o núcleo de la Sociedad, el matrimonio es el gen, el pedacito de información nueva, irreplicable, que hará de la *familia-célula* algo también singular e inimitable. El gen no es otra cosa que la unión de la información de un gameto masculino y de otro femenino-hasta que apareció la clonación, pero vamos a prescindir de semejante *ruido*. Pues bien, siendo el matrimonio el gen del núcleo llamado familia, tiene como función normar la calidad y la cantidad de las proteínas que formaran la nueva célula.

Un gen débil o que modela proteínas erróneas provoca células débiles o malformadas. Y es aquí que tenemos el primer conflicto: si queremos un sociedad-organismo sano debemos empezar porque las *células-familias* que lo componen sean sanas, robustas, y por el elemento más íntimo y definitorio: el *matrimonio-gen*. Lo más importante entonces no es ni siquiera la familia sino su núcleo esencial: la pareja a partir de la cual todo se origina.

Nos dice el Cardenal Ortega:

*“Los esposos deben cultivar su amor mutuo no solo como un bien para ellos dos, sino como un don imprescindible para sus hijos. Ellos necesitan no solo tener papá y mamá, sino unos padres que se amen de veras. El hogar es la escuela del amor, un amor que se aprende al vivir en un clima donde se respira amor”.*²



biología enseña que pequeñísimos fallos en el gen se traducen en defectos graves; la naturaleza tiene un diseño muy especial que no depende de la voluntad humana. Si seguimos montados en la metáfora biológica debemos admitir que la

relación conyugal tiene una arquitectura interior natural que no siempre depende de voluntades o reglas humanas. Podemos santificar o condenar la relación matrimonial; lo que no podemos ignorar es su presencia y su fuerza generadora, como el gen, de una vida nueva e inconfundible. Matrimonios-genes débiles nunca se diferencian de los tejidos madres y lo que observamos como consecuencia de tal debilidad es una masa-familia amorfa que nunca llega a ser algo nuevo, diferente. El llamado pseudo o falso desprendimiento de las familias originales, es una dificultad frecuente en Cuba: las nuevas parejas desean tener proyectos familiares independientes pero sea por inmadurez propia de los esposos, falta de recursos materiales -hogares dependientes, salarios insuficientes, o permanencia de uno de los esposos fuera de casa- no logran construir el vigoroso gen que a su vez origine una célula diferenciada del tejido de donde procede.

Otro error "genético" en nuestras familias parte de modelajes equivocados. Los biólogos saben bien que ciertos cambios en la calidad o la cantidad de los cromosomas entrañan un cambio en la célula y en todo el organismo. Una *pareja-gen* solo puede basarse en el amor, en el respeto mutuo, la fidelidad y la confianza. El desamor, la falta de consideración mutua, la infidelidad y la desconfianza son adjetivos ajenos a la unión de dos personas en matrimonio. Una *pareja-gen* cuyo objetivo no es dar lugar a la formación de otras células y construir nuevos organismos, que prioriza su nutrición por encima de las necesidades de otros elementos, que en vez de ser la unión de dos es la unión de tres o hasta de cuatro, está, naturalmente, optando por un desvío de lo que la biología reconoce cómo normal. No estamos juzgando los errores de la naturaleza, también partes indisoluble de ella; solo afirmamos que mientras más nos alejamos

de cierto ordenamiento natural, en esa misma medida obtenemos resultados diferentes.

En otras ocasiones, la pareja-gen simula buena salud. Un día enferma la familia-célula. De pronto, nos damos cuenta que el trastorno está localizado en el núcleo llamado matrimonio. Entonces acudimos a la radicalidad terapéutica: para curar el resto del organismo debemos sacrificar una parte del núcleo de la célula: se acude al divorcio. Este es un dilema muy serio, porque lo que se ha aceptado como solución para resolver la incompatibilidad de dos personas ya no es la mediación, diálogo restaurador, sino separación, ruptura, aún cuando del vínculo dependen otras personas. Es como si decidiéramos que para curar el cuerpo todo hay que sustraerle una parte de la información genética con que ha sido hecho. Podríamos hallar un símil más gráfico en el campo de la ciencia médica: se impone la amputación sobre la reconstrucción del tejido afectado.

El "cortar por lo sano" sin valorar muchas veces cuánto daño hacemos al resto del organismo social es propio de la guerra, de la urgencia ante la muerte. La amputación es profesionalmente inaceptable en condiciones de paz, donde debe primar la cordura y la paciencia tanto en los afectados como en aquellos sobre los cuales deposita la sociedad responsabilidad de expertos. La liberalidad se confunde con la libertad. La amputación-divorcio, medida heroica para salvar la vida, es hoy un proceder habitual en esos quirófanos legales de urgencia que son nuestros bufetes colectivos. No es cierto que el divorcio de una pareja -y más si tiene hijos- es algo normal, camino alternativo de la familia. No es normal lo que suprime la natural estructura consanguínea de la cual dependen muchos más. No es camino alternativo cuando la única vía disponible tras la separación de la pareja es alejar la convivencia diaria de padres e hijos. Repetimos, es amputación, no curación. Una amputación, cercenar un miembro, es algo que siempre debe ser pensado muy bien. Y todavía con el bisturí en la mano volver a pensarlo.

Las consecuencias del divorcio liberal las señala el Obispo en su Carta Pastoral "*No hay Patria sin Virtud*":

“Es frecuente encontrar hombres y mujeres con dos o tres divorcios en su historia personal. Más de la mitad de los niños cubanos nacen fuera del matrimonio”.

Y respecto a la ausencia del padre en casa, más adelante indica:

“En Cuba se está instituyendo progresivamente un matriarcado y la crisis del padre afecta de modo creciente tanto al niño como a la niña y más tarde a los jóvenes... En esto ha tenido un peso devastador el extraordinario número de divorcios y uniones “libres”... ¿Cómo podrán mañana crear un hogar, organizar su vida familiar, complementarse mutuamente en su amor de esposos y formar a sus hijos, si de niños y adolescentes no vivieron nunca esa dulce experiencia en el hogar?”.

LA CASA-DORMITORIO

El cardenal Ortega ha encontrado una imagen precisa para mostrar, de manera antitética, lo que no es hogar, que como sabemos viene de la palabra hoguera, y es sitio dónde la familia se sienta para calentarse, enfrentar el frío, y presumiblemente también, a través del contar historias, construir sus propias memorias legítimas. Esa imagen paradójica ha sido llamada por el Arzobispo Casa-Dormitorio. Escuchemos, en sus propias palabras, qué significa eso:

“Existen, sin embargo, hoy muchos factores que ponen trabas al amor, al producir condiciones desfavorables que entorpecen sus expresiones más comunes. El trabajo de la mujer fuera del hogar hace de la casa un lugar cerrado y oscuro durante todo el día, a menos que haya una abuela que le dé vida a ese hogar. A esto se suma la ausencia de los adolescentes y jóvenes, en muchas ocasiones internos o semiinternos en sus escuelas. Se convierten así los domicilios en casas-dormitorio, adonde se llega cansado y agobiado por el trabajo del día. Normalmente, la mujer se arregla para ir a su trabajo. Es casi la única salida que hace. En la tarde, en casa, está cómoda, con ropajes impresentables y desaliñada. Y algo parecido puede decirse del hombre. Ya nadie espera visita y, si llegara alguna, se la recibe así”.

Continúa el Obispo:

“Hay que reprogramar la vida de la familia teniendo en cuenta los ritmos inhumanos del tiempo presente. La mesa del hogar, donde toda la familia se congrega, tiene que ser un lugar de encuentro y de encuentro feliz y no solo cuando hay una comida especial, sino cada día. La mesa eucarística debe reunir a la familia el domingo para alimentar y afianzar su espiritualidad recibiendo a Cristo, Pan de Vida para la familia. Se trata de combatir el individualismo que lleva a cada uno a entrar y salir según su propio programa, en la casa-dormitorio, a comer con el plato en la mano frente al televisor, o aun de pie por la prisa de salir de nuevo, e, incluso, a ir cada uno por su cuenta a la misa dominical”.

No voy a insistir en todas las resonancias que a cada uno provocan estas imágenes, pero sí me gustaría detenerme en algunos aspectos medulares de la vida en familia que estamos perdiendo o hemos perdido, y ojalá no de manera irrecuperable.





El primero tiene que ver la estancia fuera de casa, sea por trabajo, estudio o entretenimiento. Hoy se le da cada día más importancia a los llamados tiempos familiares y tiempos laborales. Esa distinción no es temporal o espacial

sino axiológica. Obedece a un valer: algo posee el hogar como valor intrínseco que no lo hace ni relativo ni sentimental. Es un valor absoluto. Su valor categórico está en que dentro de él la vida humana alcanza toda su potencialidad. Los hogares protésicos, sean por adopción o imposición, nunca superaran la natural pertenencia de un hombre a su familia. Pueden darse casos de adopción o adscripción no natural a grupos que funcionen como familias y donde el individuo desarrolle a plenitud sus capacidades. En todo caso, son excepciones, y no hacen otra cosa que confirmar la regla de lo irremplazable que resulta el hogar consanguíneo funcional, y subrayemos esta última palabra: funcional. Por lo tanto, todo lo que vaya en sentido contrario, o sea, a limitar el natural derecho de pertenencia y de referencia familiar produce, de alguna forma, contravalores. Contravalores que empiezan en lo íntimo, lo familiar, y tarde o temprano se asumen también en lo público, en lo social.

Es un punto polémico y quizás necesite más aclaración. *García Morente*⁴ ofrece una curiosa definición de lo que es valor y contravalor. Un valor, dice, no es sino que *vale*, o sea, no es indiferente. Un valor es una cualidad: no se puede medir, ni pesar, ni tasar y a veces ni siquiera definir con mucha claridad. Un valor es independiente del tiempo, del espacio y del número. En fin, un valor es un Absoluto. Pudiera pensarse que el tiempo, las circunstancias o las cantidades hacen relativos los valores; lo justo para un esclavista era tener esclavos; lo ético para un rey absolutista es cortarle la cabeza a sus opositores; lo lógico ante la sobrepoblación mundial es liberalizar el aborto y la eutanasia. A ello *García Morente* replica que los valores, como las leyes que rigen el Universo, están ahí antes que el hombre; si no son apreciados -o mal percibidos- depende de

los hombres y no de la cualidad intrínseca del valor. Del mismo modo que la ley de Newton existía antes y después de Newton, lo bello, lo justo y lo bueno existe antes y después del hombre. La vida humana sería uno de esos valores absolutos que no dependen de tiempos, espacios o de la opinión de las mayorías: está mal quitarla en el medioevo o en el siglo XXI. Lo mismo pudiera decirse de la libertad, la dignidad, o el amor.

Scheller, citado por *García Morente*, señala que los valores se organizan jerárquicamente, desde los menos humanos, o prescindibles, hasta los más altos o imprescindibles para el hombre. Así, los valores útiles, lo conveniente o lo inconveniente, estarían en el primer escalón. Le seguirían los valores vitales: fuerza o debilidad; después los valores lógicos: verdad o falsedad; continúan los estéticos como lo bello, lo feo o sublime; éticos, como lo justo e injusto y por último los valores religiosos, lo santo o lo profano. Aquí tal vez *Scheller* entre en contradicción con las filosofías materialistas: no es cierto que lo primero sea el pedazo de pan para el hombre. Porque el hombre es capaz de manejar estos valores, es decir, su ser él mismo valor, puede colocarse más allá del pedazo de pan. El detalle del mendrugo trae a la memoria a *Viktor Frankl*, cuya frágil existencia en el campo de exterminio si bien dependía materialmente del pedazo de pan estaba colocada en lo espiritual, en lo que hacía que ese trozo de harina rancia se convirtiera en una cena copiosa cada día. Escribió el psiquiatra judío: *"el prisionero que perdía la fe en el futuro -en su futuro- estaba condenado. Con la pérdida de la fe en el futuro perdía, asimismo, su sostén espiritual"*.⁵

Regresando a *Scheller*, el autor señala que lo humano se distingue por prescindir de algunos valores en pos de otros. Por ejemplo, que seamos capaces de no ver la utilidad de pintar un cuadro sino el disfrute estético que ello conlleva. De la misma forma, la lógica y la utilidad de solo tener amigos poderosos estaría sobrepasada por la ética de que la amistad debe, por definición, carecer de valor metálico o extorsión psicológica. Y a eso pudiera agregarse salvar una vida a riesgo propio: no hay nada útil ni lógico en ello, sólo un valor moral.



EL HOGAR, QUE CUMPLE FUNCIONES RECUPERATIVAS, DE ALIMENTACIÓN Y RECREACIÓN PARA TODOS SUS MIEMBROS, SE CONVIERTE EN UN ESPACIO PARA SACAR DE ADENTRO LO MÁS FEO DE CADA UNO; LA RUTINA DEL DESPLOME CASI COTIDIANO IMPIDE VERNOS A NOSOTROS MISMOS, Y DARNOS CUENTA DE QUE LA BELLEZA, LO ESTÉTICO, ESTÁ SIENDO DEVORADO POR EL TEDIO Y LA DESCOMPOSTURA DIARIA.

La pregunta que uno se hace es inevitable: ¿son esos valores los que se cultivan hoy en las familias? ¿Hasta qué punto asistimos a un juicio de valor inverso, es decir, lo útil y lo lógico por encima de lo estético, de lo ético, y hasta de lo religioso, abandonado, ocultada la religiosidad –un valor intrínsecamente humano– como si de un defecto se tratara?

Lo peor es que tal inversión de valores genera contravalores: deshonestidad, infidelidad, pobre capacidad de sacrificio por los demás, incompetencia para el goce estético, impiedad. Contravalores, según García Morente, y esta es otra cualidad de los valores que no hay que buscarlos muy lejos pues están contenidos en los mismos valores dado su carácter polar: lo lógico convive con lo ilógico, lo feo con lo bonito, lo inmoral con lo moral.

Propongo que con tal modelo vayamos a la Casa-Dormitorio y descubramos cuán invertidos, al punto de formarse contravalores, estamos. El primer hecho llamativo es el hogar vacío por estudios o trabajo. Es un gran

problema para las sociedades industrializadas, y también las en vías de desarrollo. Los tiempos laborales se han tragado los tiempos familiares. Las sociedades muy industrializadas están permitiendo que sus empleados de oficina se comuniquen con la empresa vía Internet y trabajen desde el hogar; es una manera de combatir lo que se conoce hoy como *workaholics* o adicción al trabajo.

Pero, ¿y allí dónde no hay computadoras ni teléfonos suficientes? Véase, en el ejemplo, cómo lo utilitario social engulle lo lógico familiar; el “núcleo” que es la familia es comprimido hasta casi desaparecer en el citoplasma social; el trabajo, algo justo, lógico, generador de valores estéticos y éticos no puede estar por encima de lo que le da sentido en el máximo nivel de prioridad: el hombre y su familia; cuando la dirección del sentido se invierte, lo social termina invadiendo lo privado familiar y desborda el núcleo, lo diluye, lo hace indiferente de la amorfosa masa de la sociedad. Deja así la familia de ser núcleo, centro referente de lo social, y lo social, al mismo tiempo, pierde su co-relato nuclear: sitio dónde se guarda la mejor información de lo que precisamente ha sido, es y será la sociedad.

Prosigamos con la imagen de la Casa-Dormitorio. Las personas cansadas, estresadas por el trabajo, llegarán tarde a casa, y, nos dice el Obispo, “*la mujer se arregla para ir a su trabajo. Es casi la única salida que hace. En la tarde, en casa, está cómoda, con ropajes impresentables y desaliñada. Y algo parecido puede decirse del hombre*”. Nuevamente tenemos aquí un contrasentido de valores familiares y sociales. El hogar, que cumple funciones recuperativas, de alimentación y recreación para todos sus miembros, se convierte en un espacio para sacar de adentro lo más feo de cada uno; la rutina del desplome casi cotidiano impide vernos a nosotros mismos, y darnos cuenta de que la belleza, lo estético, está siendo devorado por el tedio y la descompostura diaria; lo utilitario de la Casa-Dormitorio vuelve a emerger como valor predominante.

Habría aún otra consecuencia de la inversión de valores: si el trabajo es casi la única salida



que hacen hombres y mujeres, y solo para ir allí se arreglan, se componen en su interior y su exterior, ¿qué queda para el hogar?; ¿qué queda para el compartir con el esposo o esposa?; ¿qué pasa, a largo o mediano plazo con esa otra

parte, esposo o esposa, a la que solo se le ve en bata de casa o en ropas ligeras, desaliñados, presurosos, y esos rostros de angustia ante el fogón desértico o la oquedad de la alcancía?

Vayamos ahora a otro sitio de la *Casa-Dormitorio*: la comida en familia. La comida familiar es un tema al que casi la totalidad de los psicólogos presta singular atención. No vamos a detenernos a explicar el por qué; bastaría solo apreciar las transacciones conscientes e inconscientes se dan en un breve compartir alimentos entre personas consanguíneas. Ellos, los expertos, recomiendan al menos una comida al día juntos. Esto, que parece imposible hoy, se recomienda como indicación clínica para la salud familiar, tan eficaz como sería tomar medicamentos para la presión alta o el colesterol alto en casos individuales.

Señala el Cardenal Ortega: *“La mesa del hogar, donde toda la familia se congrega, tiene que ser un lugar de encuentro y de encuentro feliz y no solo cuando hay una comida especial”*. Y a continuación nos ilumina con una imagen que es el paradigma del despropósito familiar: *“se trata de combatir el individualismo que lleva a cada uno a entrar y salir según su propio programa, en la Casa-Dormitorio, a comer con el plato en la mano frente al televisor, o aun de pie por la prisa de salir de nuevo”*.

Se combinan aquí tres elementos importantes: uno, que lo habitual en los hogares ya no es compartir los alimentos sino hacerlo solo ante eventos trascendentes, lo cuál hace, otra vez, que lo útil rebase la lógica del grupo; dos, la entrada y salida según programas individuales, siempre por encima del bienestar colectivo; y tres, la comida frente al televisor: la imagen, sea televisiva o cibernética, invadiendo el espacio privado, privadísimo, diríamos, de la familia. Televisión y familia –ahora Internet– merecerían ensayo aparte: tal es el reto que esa

caja de ilusiones, no siempre estética y éticamente aceptable, presenta a la convivencia familiar.

LO ÚLTIMO, TAMBIÉN LA PAREJA

Asistimos, pues, a una cultura del no compromiso y no hay mejor lugar para analizar eso que la familia actual, sea la cubana o la de otras latitudes. Descompromiso que empieza siendo un asunto íntimo, *inofensivamente* privado, y termina siendo, como bien nos ha enseñado *Hannah Arendt*, un asunto público, político, algo que limita y aísla a todos los seres humanos entre sí. *“El aislamiento, dice la ensayista, es ese callejón sin salida al que son empujados los hombres cuando es destruida la esfera política de sus vidas, donde actúan justamente en la prosecución de un interés común”*.⁶

Aquí me gustaría regresar al principio, a lo que el Cardenal Ortega sitúa en la base de toda familia: la formación de niños y jóvenes. Es difícil moldear una conciencia recta y responsable hacia el matrimonio, las relaciones sexuales íntimas, los hijos y los ancianos si el modelo que se propone –más implícito que explícito, y por tanto, más subliminal, más penetrante en la inconsciencia– presenta el aborto, las relaciones prematrimoniales de los adolescentes, el divorcio y los asilos de ancianos como alternativas válidas y hasta naturales.

Sobre el aborto solo sería adecuado hacer algunas consideraciones biológicas y socio-demográficas sin entrar en detalles filosóficos y teológicos, donde encontraríamos mayores argumentos en contra de esa práctica. La pregunta a responder es: ¿cuándo surge la vida humana? Si creemos que la vida humana aparece después del parto, o a las seis semanas de la fecundación, o al año de nacido el niño, entonces la existencia de ese cigoto, embrión, feto o lactante –que no ser humano todavía, según tal visión– puede ser prescindible cuando nosotros, los *verdaderos* humanos, lo deseemos o estimemos pertinente acabar con ella.

Pero si, como demuestra la Ciencia cada día más, desde que se une el espermatozoide con el óvulo y comienza la división celular ya en

esos genes está codificado desde el color de los ojos que vamos a tener hasta la enfermedad de la que vamos a morir a los sesenta años, entonces debemos admitir la vida humana presente en el mismo instante de la fecundación y que toda acción por detenerla o expulsarla del seno materno es un acto tan deleznable como lo sería acabar con la existencia de un anciano demente, que ya no piensa ni se da cuenta de nada y solo estorba a sus semejantes.

Aquí una digresión *utilitaria* sobre la indiscriminada práctica del aborto: sus consecuencias sociales y demográficas. No sé si es una especulación estadística un tanto dramática; más la creo imprescindible dada la magnitud del asunto en nuestro país donde *sacarse un chiquito* es menos considerado que hacerlo con una muela. El año pasado nacieron 141, 110 niños cubanos.⁷ Según los datos oficiales, en Cuba el 70 por ciento de los embarazos terminan en un aborto espontáneo o provocado –sobre todo por aspiración, llamada, con eufemismo, regulación menstrual. Las pérdidas por esa vía no compensan la tasa de mortalidad infantil, exhibida como de las más bajas del Continente. Sin embargo, la mortalidad infantil de un país con liberalización del aborto no es comparable, por obvias razones metodológicas, con la de aquel dónde al aborto está severamente penado por la ley. Sea por una u otra causa, y siguiendo tal hipótesis estadística, más de 400 000 cubanos pudieron llegar a vivir el pasado año en Cuba. O sea, que casi medio millón de potenciales cubanos muere por aborto espontáneo o inducido cada año, más muertes, en ese lapso, que todas las provocadas por todas las guerras en nuestro país en toda su historia.

Nos estamos enfrentando a un suicidio demográfico lento, silente, a través del aborto indiscriminado y las altas tasas de emigración de jóvenes y niños que dejan para siempre su

suelo natal. Envejece la población laboralmente activa y no hay reemplazos dada la baja tasa de natalidad. Es un problema muy serio al cuál algún día, sin remedio, han de enfrentarse las nuevas generaciones. Lo más triste puede no ser la ausencia de personas para echar hacia adelante un país no industrializado y casi monodependiente, ahora del turismo. Lo más deprimente es cierta cultura de la muerte que se siembra en la razón de niños y jóvenes: que la vida humana puede, bajo determinadas condiciones –no nacida o no útil– ser exterminada. El cardenal Ortega lo expresa así:

“Muerte para proteger la salud de la madre, para librarla de su angustia, muerte para evitar que crezca la población mundial y los nuevos nacidos nos quiten lo que tenemos los que vivimos hoy sobre el planeta, muerte para reprimir al delincuente en la sociedad y proteger así el orden establecido, muerte para eliminar el dolor y el sufrimiento, muerte para entretenernos, muerte para defender la patria. Estamos inmersos en una cultura de muerte, y, sin quererlo, nuestros pensamientos se hacen sombríos y, sin percatarnos de ello, el tejido

**LA MESA DEL HOGAR,
DONDE TODA LA FAMILIA SE CONGREGA,
TIENE QUE SER UN LUGAR DE ENCUENTRO
Y DE ENCUENTRO FELIZ Y NO SOLO CUANDO HAY
UNA COMIDA ESPECIAL, SINO CADA DÍA.**





social pierde vitalidad porque está penetrado del poder nihilista de una muerte considerada como remedio y fin de todos los males.

Tememos a la vida que viene a compartir nuestra historia. Al procurar y proteger egoístamente nuestra vida, hacemos que el balance generacional se altere como sucede ya hoy en Cuba: crece el número de personas adultas, el número de ancianos se hace cada día mayor, y una población joven más reducida tendrá que llevar sobre sus hombros el peso de un número creciente de ancianos”.⁸

CONCLUSIONES

Nada bueno, edificante, puede hacerse con un diagnóstico sin sugerencias; exponer lo deficiente sin proponer lo suficiente es tan malo como lo deficiente en principio: conduce al pesimismo, a la parálisis, a la falta de esperanza, a la pérdida de fe. Esa no es la naturaleza del hombre.

Nuevamente, al hablar de las esencias humanas, acude Frankl a mi mente. Él, testigo excepcional de nuestro tiempo, ex recluso y sobreviviente de Auschwitz y Dachau, donde muchos otros –*nuestros hermanos mayores en la fe*– creyeron que Dios les había abandonado, encontró el significado de lo que es ser hombre. En sus palabras, “*es el ser que siempre decide lo que es. Es el ser que ha inventado las cámaras de gas, pero asimismo ha entrado en ellas con paso firme, musitando una oración*”.

No, no es la desesperanza la medida del magisterio del Cardenal Ortega, presente en este libro. Sin embargo, no ha faltado quien critique su audaz optimismo a prueba de cualquier escaramuza. No hay un solo documento en el texto *Te Basta mi Gracia*, de más de mil páginas, que no opte por la paz, la reconciliación, la misericordia y el perdón.

He ahí una primera clave: construcción de una sociedad justa, sana, feliz, ligada íntimamente a una llamada *teología del perdón y la reconciliación* cuyos primeros pasos han de darse, precisamente, al interior de las familias y

no a la inversa. Una frase de la citada Carta Pastoral es paradigmática en este sentido:

“Es hora de pasar ya del Estado justiciero que exige sacrificios y ajusta cuentas, al Estado misericordioso, dispuesto primero a tender una mano compasiva antes que a ejercer controles y sancionar la infracción”.

El magisterio propone plenos poderes para la familia respecto a decidir el tipo y el lugar de educación de los hijos; sugiere una política salarial acorde a sus necesidades específicas; programas para estimular la maternidad y paternidad responsables y no limitar la cantidad de hijos; la promoción de la virginidad y la abstinencia de relaciones prematrimoniales o a edades tempranas, así como el derecho a divulgar una postura antiabortista.

Otras claves están situadas en el compromiso individual y familiar que se traduciría en compromiso social, y en el rescate de una axiología basada en la Ley Natural de la cuál se desprenden todas las demás normas públicas y privadas.

El compromiso, visto cada vez con más recelo y como una pérdida de la libertad, debe ser entendido como todo lo contrario: el hombre es más libre en la medida que es capaz de comprometerse con algo. Y para comprometerse con algo hay que saber pensar. Otra clave: saber pensar, y pensar bien.

Así lo expresa el Arzobispo en su más reciente Carta Pastoral:

“La posibilidad de asumir una postura ética depende de la libertad primordial de cada ser humano, que nosotros tenemos el deber de educar, pues se trata del don más preciado de Dios al hombre, el que lo constituye como tal, el que lo hace diferente a todos los seres vivos condicionados por leyes biológicas e instintos”.⁹

En la clave axiológica, no podemos olvidar que los grandes sabios de la Humanidad, aún los ateos o más combativos del cristianismo, no han dejado de reconocer lo positivo de los valores del Evangelio, convenientes para cualquier sociedad de matriz occidental. Sucede que al limitar o silenciar tales valores,

**EN LA CLAVE AXIOLÓGICA,
NO PODEMOS OLVIDAR
QUE LOS GRANDES SABIOS
DE LA HUMANIDAD,
AÚN LOS ATEOS
O MÁS COMBATIVOS
DEL CRISTIANISMO,
NO HAN DEJADO
DE RECONOCER LO POSITIVO
DE LOS VALORES
DEL EVANGELIO,
CONVENIENTES
PARA CUALQUIER SOCIEDAD
DE MATRIZ OCCIDENTAL.**

el edificio axiológico carece de absolutos; todo, entonces, puede ser relativo. Y todo se mueve, hasta el futuro que se supone tenemos el deber de preservar para nuestros hijos y nietos. Sin una fuerte sujeción ética, comienza el reino de lo inmediato, de lo contingente, lo ilógico y lo utilitario.

En palabras de Octavio Paz "al desaparecer el poder divino, escribe en *Corriente Alternativa, sustento de la creación, el suelo se hunde bajo sus pies*" (del hombre). "Sin Dios el mundo se ha vuelto más ligero y el hombre más pesado".¹⁰

Nuestro José Martí, no católico pero sí confeso admirador de la prédica –y sobre todo, del ejemplo cristiano– escribió: "todo pueblo necesita ser religioso. No sólo lo es esencialmente, sino que por su propia utilidad debe serlo... Un pueblo irreligioso morirá porque en él nada alimenta la virtud".¹¹

Desearía citar, finalmente, las palabras del propio Cardenal Ortega en relación a los

valores cristianos, la salud de la familia y en consecuencia, de la sociedad toda:

"Concluyo expresando mi convicción de que, cuando un tema está vivo y palpitante en las mentes y corazones de muchos, y así es el tema familiar en Cuba hoy, la Iglesia, por la voz de sus pastores, debe aportar su punto de vista fundado en el Evangelio y en su experiencia... Me complace que el tema de la familia se encuentre revalorizado hoy entre nosotros los cubanos. Este es un buen signo, pues de la recuperación y la vitalidad de la familia depende en gran medida la felicidad de la nación"¹². Ω

NOTAS

1 Link, Mark. S.J. *Desafío 2000. Un programa de reflexión diaria basado en los ejercicios espirituales de San Ignacio*. Tabor Publishing, Allen, Texas. EUA; 1993: 167.

2 Ortega, J. *Jubileo de la Familia, Catedral de la Habana*, 17-VI-2000. En: *Te Basta mi Gracia*: 747-748.

3 Ibidem.

4 García Morente, Manuel. Lección XXIV: Ontología de los valores; en *Lecciones preliminares de filosofía*. Ediciones Encuentro, S.A. Madrid. 2000: 351-364.

5 Frankl, V. *El hombre en busca del sentido*. Editorial Herder, Barcelona, 1996: 78.

6 Arendt, H. *Los orígenes del totalitarismo*. Alianza Editorial. 1987, Madrid: 701.

7 José A. De la Osa. "Mortalidad Infantil en Cuba", 2002. *Gramma*, 08-01-03.

8 Ortega, J. Conferencia pronunciada en el Centro "Fray Bartolomé de las Casas", *Acoger e impulsar lo que quiere nacer, Navidad*, 20-12-2001; en *Te basta mi Gracia*: 1082-1083.

9 Ortega, Jaime. Carta Pastoral *No hay Patria sin Virtud*, en el 150 Aniversario de la muerte del Padre Félix Varela. 2003.

10 Paz, Octavio. *Corriente Alterna*. Editorial Siglo XXI, México, 2000: 119.

11 Martí, J. *Obras Completas*. Tomo 12: 391-392.

12 Ortega, J. "La Familia: derechos y deberes". En: *Te basta mi Gracia*: 168.

Este ensayo es la versión de una conferencia pronunciada en el Centro Fray Bartolomé de las Casas.